

# DISCURSO

## PARA EL DIA

### DE SAN ILDEFONSO,

ARZOBISPO DE TOLEDO.

(DE TRONCOSO.)

*Justitiam et fidem conservavit genti suæ, et exquisivit omni modo exaltare populum suum.*

Él ha conservado á su nacion la justicia y la fe; y ha procurado por todos los medios posibles ensalzar á su pueblo.

*I. de los Macabeos, c. 14, v. 35.*

En vano los sabios del paganismo intentaron con sus frias al par que bellas teorías, resolver el gran problema de regeneracion social, á que el mundo todo tendia por un movimiento irresistible desde la mas remota antigüedad. Solo el cristianismo, á quien se hallaba vinculado el poderoso principio de la fe, era capaz de llevar á cabo este designio; y él fué en efecto el que á pesar de dificultades, al parecer insuperables, obró prodigios de un orden nunca visto, y si me es lícito usar de esta expresion, rehizo de nuevo la sociedad humana, desgastada á impulso de las continuas oscilaciones con que la combatieran la corrupcion de las opiniones, la infamia de las costumbres y lo absurdo de los cultos idólatras.

Recorred si no la dilatada serie de mas de diez y ocho siglos que han transcurrido desde la aparicion de Jesucristo sobre nuestro hemisferio; contemplad la accion toda divina del Evangelio, y no podreis ménos de ver llenos de asombro, que esta es la que, sacando á los pueblos del estado de infancia á que se hallaban reducidos, no ha cesado de conducirlos con sus doctrinas y con sus beneficios á la perfeccion y á la verdadera y sólida ventura. Empero, y ¿dónde podrá hallarse esta accion poderosa en toda su plenitud, en todo su vigor y fuerza, sino

en la iglesia católica que es el órgano infalible de las verdades eternas? Un largo surco de luces brillantes nos indica el camino que ella ha seguido constantemente al traves de las edades. Aquí la vereis asistir á las éxequias de naciones derruidas, recogiendo y reanimando en su seno sus infortunados restos: allí presidir á la formacion de nuevos pueblos, dándoles con sus preceptos la ciencia y la fuerza que les hicieran robustos y vigorosos; ya rechazando con mano fuerte la barbarie, léjos de las naciones sometidas á su cetro tutelar; ya... digámoslo de una vez: á do quiera que tendais vuestra vista, hallaréis al cristianismo presidiendo los esfuerzos gigantescos de la inteligencia contra la fuerza material; carácter que ha distinguido siempre á los pueblos discípulos de un Dios que es espíritu y verdad.

De aquí, senores, fluye naturalmente una consecuencia, y es: que así como el Evangelio ha ejercido su accion por medio de la iglesia, esta ha debido del mismo modo ejercerla por medio de la jerarquía sacerdotal, sin la cual es imposible concebirla. Sí, el sacerdocio católico ha sido en todas épocas el órgano de las grandes verdades; el motor de cuanto se ha ejecutado de grandioso y saludable; todo, en una palabra, ha sido emprendido, promovido, dirigido ó sostenido á impulso de su infatigable celo. Él ha marchado á la cabeza del movimiento intelectual en todas sus direcciones; él ha formado las sociedades modernas. Ni podia ser de otro modo, señores; la sociedad no vive como los gobiernos de teorías ó combinaciones: vive de creencias; y como estas no pueden venir ni conservarse sino por la religion, de aquí es que aquella tiende á constituirse de una manera conforme al espíritu religioso que la rige, y á disolverse á medida que este principio se debilita.

Tal vez, deteniéndome algo mas de lo justo en los preliminares de mi discurso, os he hecho concebir una idea diversa de mi designio, y me habreis considerado mas bien el apologista del sacerdocio, que el panegirista del héroe. Mas no, no es este mi intento, ni el asunto que hoy reclama imperiosamente vuestra atencion. Quiero sí, haceros ostensibles y patentes las verdades que he indicado en la persona del incomparable héroe que hoy arrebatara las atenciones de los fieles hijos de la iglesia santa. Quiero presentar á vuestra vista en la persona del grande Ildefonso ese principio poderoso de la fe en toda su actividad y energía, haciéndoos ver en él uno de aquellos hombres



singulares en quienes Dios depositó con profusion la abundancia de sus dones, para que, apareciendo sobre el hemisferio católico cual astros brillantes al par que benéficos, derramasen sus influencias sobre las naciones que yacian sumidas en las sombras de la ignorancia y de la muerte. Quiero representaros á Ildefonso regenerando una nacion envilecida y degradada por las pestíferas influencias del error y de la mentira; ilustrándola con sus doctrinas, desterrando de su seno la ignorancia y la barbarie, instruyéndola y edificándola con los ejemplos de las mas sólidas virtudes, sosteniendo su fe contra los ataques de la herejía, promoviendo en ella la justicia y el decoro contra el torrente de la inmoralidad. Quiero ofrecer á un siglo tan ávido de ilustracion, de filantropía y de progreso, un modelo de todas estas cualidades tomadas en su verdadero sentido. Quiero en fin pintar á todo el sacerdocio católico, personificado en el incomparable Ildefonso, haciendo ver en él el hombre ilustrado, el hombre benéfico, el amigo de la humanidad, el mas amante del esplendor y de las glorias de su patria.

Tal se presenta á mi vista el héroe español del siglo VII, el digno sucesor y émulo tambien digno de los Justinos, Ireneos y Ciprianos; de los Hilarios, Atanasios y Epifanios; de los Ambrosios, Crisóstomos y Agustinos; de los Leandros, Isidoros y Fructuosos; de los Cesáreos, Fulgencios y Gregorios; de los... Basta: mi lengua se cansa de pronunciar, aunque no mi mente de contemplar esa serie brillante de sacerdotes, que como otras tantas columnas sostuvieron el templo del Señor, é ilustraron el orbe con sus producciones inmortales. Fijémonos pues en aquel sacerdote ilustre, que formando uno de los eslabones de esa mística cadena, ofrece no obstante á nuestra consideracion unas cualidades, que manifiestan en él un carácter privativo que le distingue de todos ellos al par que á todos le asemeja. Por tanto, sin salir de las palabras que me sirvieron de tema, os manifestaré, que Ildefonso llenó los deberes de su carácter sacerdotal, conservando como otro Simon la justicia y la fe de su nacion, y procurando por todos los medios el decoro y el bien de su pueblo. *Ave María.*

#### REFLEXION ÚNICA.

Jamas la virtud é influencia del mágico y poderoso principio

de la fe se vió con tanta claridad y energía, como en los siglos de vértigo, de efervescencia y de corrupcion. Entónces fué cuando su accion eminentemente divina, al par que civilizadora, manifestó con toda evidencia, que ella sola era capaz de fijar el porvenir de las naciones y formar la ventura de los pueblos. Para patentizar esta verdad sublime, no habemos menester mas que abrir los anales de la historia de nuestra patria, y reflexionar el estado que esta bella nacion ofrecia en los primeros años del siglo VII. En vano el piadoso Recaredo se lisonjeaba de haber dado la paz á sus estados, terminando gloriosamente una lucha homicida. El gérmen desorganizador de la herejía, de la irreligion y del judaísmo habia echado hondas raíces, y sus frutos de muerte volvieron á retoñar con la de este religioso monarca. ¡Cuántos errores se aglomeraron de tropel para affigir á la esposa del Cordero, y sumir juntamente con ella á la sociedad toda en la mas lamentable situacion! Baste decir, señores, que en este siglo infando se vieron reproducidos los errores de los Arrios, Nestorios, Elvidios y Jovinianos, y en su consecuencia fué negada la consustancialidad del hijo divino con su eterno Padre, ridiculizada la maternidad de María, ultrajada su virginal integridad, y... ¡Oh iglesia de España! cuando por una parte te contemplo huérfana de los Leandros y Eladios, que cual firmes columnas te sostuvieron con tanta gloria, y por otra veo á los Eugenio é Isidoros caminando rápidamente al sepulcro en fuerza de su decrepita ancianidad... entónces no de otro modo que un viajero al ver los restos de un antiguo edificio, que desmoronándose insensiblemente amenaza próximo el instante en que va á desplomarse, huye despavorido temiendo quedar soterrado bajo sus ruinas, así mi alma al ver próximo el momento de tu decadencia, mirase poseída de un estupor profundo que la hace retroceder llena de amargura y affliccion.

Mas no hay por qué temer, católicos: si el Señor, segun la profunda reflexion de san Agustin, parece olvidarse de su iglesia en algunos momentos de crisis, no por eso deja ella de ser el mas caro objeto de su paternal solicitud. En los inefables tesoros de su misericordia y sabiduría infinitas sabe hallar el modo de hacer brillar la luz en el seno de las tinieblas, suscitando héroes que la defiendan y conserven su brillo y esplendor. Volved vuestra vista hácia aquella imperial ciudad, corte un



dia de nuestros católicos monarcas. En ella nace un niño en quien se hallan cifradas las esperanzas de la iglesia española. Ildefonso es su nombre. Él es el nuevo Simon hijo de Onías que conservará la justicia y la fe de su nacion, y con estas el decoro y esplendor de sus pueblos. No os detengais á admirar la virtud prodigiosa de su infantil edad. Si le hallais desde sus mas tiernos años dueño ya de un corazon que consagra sin reserva á su Dios, como una víctima pura é inocente; si observais en él una prudencia precoz y prodigiosamente superior á su razon, que aun no ha llegado á desarrollarse completamente; si triunfante de las flaquezas de la naturaleza le veis experimentar los suaves influjos de la gracia, y siguiendo sus dulces atractivos le hallais poseído del amor de un Dios á quien apenas conoce; si le oís repetir todavía balbuciente las palabras de la salutacion angélica, y le veis extasiarse, lleno del mas cordial afecto al oír el nombre dulcísimo de María; todos estos no son sino unos débiles bosquejos de lo que ha de ser en lo sucesivo, y de la mision sublime á que es llamado por la Providencia.

Era pues preciso que el Señor dotase á nuestro santo de aquellas brillantes cualidades que deben adornar los héroes á quienes destina á las altas empresas de su servicio. Por eso Ildefonso, siguiendo las inspiraciones de la gracia, nada omite de cuanto puede conducir á su adquisicion. La virtud y la ciencia: hé aquí los dos ejes sobre que gravita y se mueve todo el sistema social y religioso. ¿Y á dónde irá Ildefonso á buscar estas dos cualidades? ¿Á dónde? Á su origen, en donde únicamente pueden hallarse; á la sombra del santuario, bajo la conducta del sacerdocio. Confiada su educacion al grande arzobispo Eugenio, la conducta de Ildefonso no fué otra que la del tierno profeta de Silo; mira al templo como seguro retiro, la oracion como su primera ocupacion, y el estudio como el mas dulce reposo de sus fatigas.

Formado su corazon á la virtud é imbuída su mente en las nociones mas necesarias de las ciencias humanas, pasa á aprender las eclesiásticas y divinas, bajo la direccion del célebre Isidoro de Sevilla, cuya profunda erudicion y sabiduría habia llenado de admiracion á todo el orbe científico y literario. Referir sus agigantados progresos en la virtud y en las ciencias, no solo sería empresa superior á mi capacidad, sí que tambien exigiria mas tiempo que el que me es dado para formar un panegírico.

Básteme decir (y me parece será lo suficiente para haceros concebir una idea al ménos aproximada de su aprovechamiento) que Ildefonso bebió todo entero el espíritu de su célebre maestro, se le hizo como propio, se identificó con él, se convirtió, si me es lícito decirlo así, en un segundo Isidoro. Y á la verdad difícil me sería distinguir entre la copia y el original.

Entre tanto una tentacion terrible, y á que con dificultad resiste un corazon jóven, se le prepara á Ildefonso. Los honores. Ah! ¿Y será posible que estos sean capaces de neutralizar los sentimientos que el gérmen precioso de la virtud ha hecho brotar en su alma? ¿Será esta insensible á los inciensos que el mundo le prodigara á manos llenas, hablando á su corazon el idioma de la adulacion y de la lisonja? Mas no temais; el corazon de Ildefonso es un corazon grande, recto, noble, veraz, y lleno del propio conocimiento. En vano pues al verle colocado en la dignidad mas pingüe de la primada de las Españas, el arcedianato de Toledo, intentará el mundo deslumbrar su imaginacion para hacerle víctima de un vertiginoso trastorno. Ildefonso sabe muy bien que la dignidad en que se halla constituido no hace sino aumentar sus deberes, y que los bienes que administra no son sino un depósito sagrado destinado á mejorar la suerte de las viudas y de los pobres. En este concepto, la caridad es su vida, la beneficencia su respiracion; pudiendo decir con tanta ó mayor razon que el príncipe de la tierra de Hus, que era el padre de los pobres, y el investigador y defensor de las causas de los desvalidos.

Tal ha sido en todas épocas el distintivo del ministerio sacerdotal, ministerio de caridad, ministerio de desinterés, ministerio de verdadera y cristiana filantropía. Escuchad esto, vosotros los que en vuestras continuas declamaciones contra el sacerdocio de todos los siglos y épocas, no os cansais de repetir las mas odiosas calumnias contra su gratuitamente supuesta opulencia; vosotros los que tanto ensalzais ese santo desinterés que debe caracterizar á los ministros de un Dios pobre; vosotros los que ignorais ó afectais ignorar el noble uso que de sus facultades han hecho siempre esos hombres á quienes llamais públicamente avaros! Si me fuera dable, aun en estos dias en que reducida esta clase benemérita á la mas extrema mendicidad, á un estado de abyeccion que tan poco honra á una nacion que se precia de eminentemente católica, en estos dias en que unos



miserables harapos cubren su desnudez, yo os conduciria por la mano en presencia de algunos que por cierto han merecido bien de la patria por su decision á la causa que defendieran, y que ni en ella ni en los particulares han hallado el remedio que reclamaba su situacion; les preguntariamos, sí, en dónde hallaron el alivio de sus necesidades; y les veriais anegarse en lágrimas de una justa gratitud, y confesar que en la iglesia, en el sacerdocio católico, hallaron quien, á costa de sacrificios que solo puede inspirar la religion, enjugó sus lágrimas y mejoró su suerte. He dicho esto, señores, porque en el ingreso de mi discurso me propuse, en cuanto fuese dable, presentaros al sacerdocio católico personificado en el ilustre Ildefonso.

Solicito y cuidadoso este en el ejercicio de la beneficencia y caridad cristiana, no por eso omitió un punto el consagrarse con ardoroso celo á fomentar, junto con el esplendor de la iglesia, el decoro y reforma del clero, objeto especial de sus continuos desvelos. Examinar con la mas minuciosa escrupulosidad la moralidad y circunstancias de los que debian ser promovidos á los sagrados órdenes; evitar que se ejerciese una torpe vanidad en la colacion de beneficios eclesiásticos; visitar las iglesias y cuidar de todo lo perteneciente al servicio del Señor; reformar las costumbres y arrancar los abusos que se deslizaban en el seno del santuario; tales eran las ocupaciones de nuestro jóven arcediano, y de este modo empezaba ya á llenar la mision sublime cuyo desarrollo estaba reservado para mas adelante. No era llegado todavía el tiempo en que esta antorcha luminosa debia derramar todo el lleno de sus resplandores. Dios queria disponerle con mas perfeccion á esta obra sublime; y á este fin le llama, como á aquella alma de que habla Oseas, al silencioso albergue de la inocencia, para hablarle al corazon y llenarle de sus divinos dones.

¡Orden venerable de san Benito! ¡Virtuosos monjes! franquead vuestras puertas al ilustre Ildefonso; no rehuseis á su corazon lo que forma el objeto único de sus ansias; no seais insensibles á los ruegos de aquel que cifra su verdadera felicidad, cual otro David, en morar con vosotros en la casa del Señor. Así es: Ildefonso huye de la casa paterna, cual otro Lot del incendio de Sodoma, sin que ni la ternura de una madre amorosa, ni las reconvencciones y violencias de un padre que funda en él el apoyo de su ancianidad, ni las comodidades con que el

mundo le lisonjea, ni... nada, en suma, sea capaz de detenerle. Él halla el medio de eludir y remover todos los obstáculos; triunfa, y como la solitaria golondrina, coloca su nido en la concavidad del claustro. ¡Dilata tu corazon, Ildefonso! ¡Suelta las riendas á tu fervor! ¡Sáciate á tu placer del torrente impetuoso de delicias celestiales que Dios hace correr en esa tierra de bendicion! ¡Quién me diera, señores, penetrar en el interior de aquel venerable recinto, y contemplar á mi héroe cual abeja solícita formando de las mas heróicas virtudes un panal digno de ser presentado al Señor! Viéraisle estudiar dia y noche las vidas de aquellos santos monjes sus predecesores, y retratar en su alma todo aquel conjunto de acciones heróicas que formaron la admiracion de los pasados siglos. Viéraisle emular santamente la humildad de los mas humildes, la caridad de los mas benéficos, la sumision de los mas obedientes, la austeridad de los mas penitentes, la oracion de los mas fervorosos. Viéraisle aventajar desde sus primeros pasos á los hombres mas provechosos en la virtud, hacerse su modelo, su norma, su guia, y un espejo fiel en quien todos se miraban con igual complacencia. Viéraisle beber á torrentes aquella ciencia profunda con que habia de combatir en lo sucesivo la hidra ponzoñosa del error, sostener y corroborar los fundamentos de la casa de Dios, y llenarla de sus resplandores! ¿Y qué extraño, señores, que Ildefonso se formase consumado sabio, si bebia los raudales cristalinos de la erudicion en su mismo origen? Vosotros lo sabeis, católicos, y esta verdad ha dejado de ser ya un problema aun para los hombres mas parciales y enemigos declarados de las glorias del sacerdocio. Nadie en el mundo ignora que estos solitarios albergues no han sido solamente el asilo de la virtud y de la inocencia, sí que tambien han sido el santuario de la ciencia y de las letras. Aquí es en donde se refugiaron estas cuando invadida la Europa por el vandalismo en los siglos medios, se halló de repente sumida en la mas profunda barbarie. Los moradores de los claustros, y con especialidad los hijos del gran Benito, fueron los que oponiéndose al torrente devastador de la ignorancia que arrastraba en pos de sí á todas las clases de la sociedad, nos conservaron esas producciones inmortales, que han reengendrado, civilizado y formado los pueblos modernos. Al pié de los altares se custodiaron los monumentos mas preciosos de la literatura, que han servido en los siglos posteriores